

bada, que fué su único alimento por 40 años, hasta tanto que se vió precisado, por motivo de una enfermedad, á suplicarla que le enviase pan en lugar de cebada. Muchas curaciones milagrosas hizo San Pedro, y entre otras sanó á una doncella de los dolores de un cancer.

El Abad San Teodosio sobre las mortificaciones comunes de los Anacoretas, que eran: dormir sobre la dura tierra, llevar una sola túnica de pelo de cabra, y ceñirse con cadenas de acero el cuello y la cintura; no peinaba sus cabellos, los quales le habian crecido tanto, que le arrastraban, y se vió precisado á rodearlos al cuerpo. Continuamente oraba ó cantaba Salmos, ocupándose tambien en el trabajo de manos, haciendo cestillas ó labrando alguna tierra para sembrarla, y proveerse del necesario alimento. Sus discípulos se ocupaban tambien en diversas manufacturas que vendian en las vecinas ciudades, trayendo en cambio lo que necesitaban. Para esto tenian una barquita en que llevaban sus labores.

En las cercanias de Antioquia estableció su habitacion San Roman en una celda muy pequeña. Allí vivió por mucho tiempo sin gastar fuego ni luz, no tomando otro alimento que pan, sal y agua. Sus cabellos, su vestido, y las cadenas que llevaba eran semejantes á las del Abad Teodosio. A los que venian á verle les hacia varias exhortaciones sobre la amistad fraternal, la union y paz en que debemos vivir con todo el mundo. „Hallamos, dice Teodoreto, que solo una mirada suya inclinaba á amar las cosas santas. Porque, ¿á quién no arrebataria la admiracion, al ver un Santo tan debilitado por la vejez, cargado voluntariamente de tantas cadenas, sin mas vestido que una túnica de pelo de cabra, y sin tomar otro alimento que el preciso para detener la muerte?“ Este mismo historiador refiere de él muchos milagros.

No era menos pobre la vida de San Zenón. Despues de haber dexado el empleo que tenia en la Corte del Emperador Valente, se encerró en un sepulcro en la montaña de Antio-

quia sin cama, luz, fuego, cofre ni libros: no tenia mas que unos hábitos viejos, y unos zapatos tan gastados que no habia por donde atarlos: pero un amigo suyo le daba un pan cada tercer dia. El por sí mismo iba á buscar agua muy lexos de allí. Un dia viniendo de la fuente, le encontró Teodoreto con dos cantaros de agua. „Preguntándole yo, dice este historiador, en dónde vivia el admirable Zenón, me respondió, que no conocia á Solitario que se llamase así. Pareciendome por la respuesta que era él mismo, le fuí siguiendo, y entrando en su celda, ví una cama de heno, y otra de piedras, dispuestas de tal modo, que no se podría echar sobre ellas sin hacerse mal. Conversando con él sobre varios asuntos de piedad, le supliqué por ultimo que me diese su bendicion; á lo que él se negó sabiendo que yo era Lector, y que leia al pueblo la Santa Escritura. Mas por ultimo se dexó obligar, y ofreció por mí sus oraciones al Señor. Todos los Domingos iba á la Iglesia á oír con el pueblo con mucha atencion la palabra de Dios: recibida la Santa Comunión, se retiraba á su habitacion ordinaria, en la que no habia mas que un libro, y aún éste era prestado; y leído, le volvía para que le prestasen otro.“

San Macedonio: llamado Critófago, porque no comia sino cebada, se hizo famoso por sus virtudes y milagros. Pasó 45 dias en la cumbre de los montes, sin mas habitacion que una profunda caverna. La madre de Teodoreto, que habia recibido grandes gracias de Dios por medio de Macedonio, le suministraba lo necesario para su subsistencia. Habiendo ido á verla por estar enferma, le dixéron que no se la podía hacer tomar el alimento que pedia su mal. La exhortó Macedonio á que obedeciese á los médicos, y considerase como remedio y nó como regalo el alimento que solo por necesidad tomase; porque hacia escrupulo de comer cosas delicadas, por haber abrazado la vida solitaria. „Yo mismo, la dixo, que, como bien sabeis, en quarenta dias no he comido sino cebada, hallandome ayer enfermo, supliqué á mi compañero, que fuese



á buscar un panecillo, considerando que si me dexaba morir por falta de este alivio, me pediría Dios cuenta de mi muerte. Comí, pues, el pan que me llevaron, y ahora te suplico que me le des en adelante, y no me envíes mas cebad." Refiere Teodoreto muchos milagros con que Dios favoreció á Macedonio, y no olvida que debia su nacimiento á sus oraciones. Le habia visto muchas veces este hombre Santo, y para exhortarle á la virtud, le decia: »Hijo mio, tú has venido al mundo por medio de muchos trabajos: yo he pasado muchas noches sin pedir á Dios otra cosa, sino que aquellos que te diéron la vida tuviesen el nombre que tu nacimiento les ha dado. Corresponde, pues, con tus acciones á tantas penas y gracias. Aun no habias nacido, quando tu madre te habia consagrado á Dios, y bien sabes que las cosas que se le han ofrecido deben ser respetadas de todo el mundo, y separadas del comun de los hombres." Enterráron á San Macedonio en Antioquia en la Iglesia de los Mártires.

Sabiendo San Abraham que reynaba la impiedad en un lugar llamado *Libano*, fué allá con algunos compañeros, por ver si se convertian los habitantes. Empezando á cantar en voz baxa el Oficio Divino en una casa que habia alquilado, acudiéron los del pueblo, y arrojáron por encima del tejado mucho polvo. Mas viendo que aquellos Solitarios, aun estando para ahogarse, solo pensaban en rogar á Dios, los sacáron de entre tanto polvo, y les mandáron salir del lugar en la hora. A este tiempo llegóron algunos Ministros de la justicia para obligarlos á que pagasen el tributo; á unos los apaleaban, y á otros los ponian en la carcel. Abraham suplicó á los Ministros que executasen con menos rigor su comision. Admirados los habitantes de tan extremada bondad en un hombre á quien acababan de maltratar, le suplicáron que fuese su Señor, porque el lugar no tenia por entonces Señor alguno. El Santo para aplacar los Ministros, se habia empeñado en cien escudos que le prestó un amigo suyo de la ciudad de Emesa. Los de Liba-

no viendo su prontitud en cumplir sus promesas, le instáron de nuevo á que quisiese ser su Señor. Abraham consintió en esto; pero con la condicion de que habian de edificar una Iglesia. Concluida ésta, les dixo que pusiesen la mira en algun Sacerdote; á lo que ellos respondiéron: que no querian otro que á él mismo, pues le elegian todos para que fuese á un mismo tiempo su Pastor y su Padre; y así se vió precisado á aceptar el Sacerdocio. Habiendo pasado con ellos tres años, quando ya estaban instruidos en la Religion, puso en su lugar un compañero suyo, y se volvió á la soledad: pero la reputacion de sus virtudes le llevó al Obispado de Cares, ciudad entregada al culto de los demonios. El los fué librando del error con su predicacion, con sus oraciones, y con sus buenos exemplos. No cedió un punto en sus antiguas austeridades en todo el tiempo en que fué Obispo; mas trataba á los extraños con mucha humanidad, haciendo que les diesen lo mejor que habia de pan, vino, pescado, legumbres y buenas camas. El mismo les servia la comida, y les daba de beber. Pasaba los dias enteros en sosegar disensiones, aplicándose especialmente á proteger á los que tenian justicia.

Ya habian muerto todos los Santos Solitarios de quienes hemos hablado quando Teodoreto escribia sus vidas. Los que despues se ponen, todavia vivian. El primero es Santiago, discípulo de San Marón. Sus austeridades excediéron á las de su maestro. Vivia en un lugar que no tenia mas cubierta que el cielo. Llevaba al rededor de la cintura y del cuello gruesas cadenas: la del cuello tenia un anillo del que salian otras quatro cadenas; dos de ellas se cruzaban sobre la espalda, y dos sobre el pecho. Otras cadenas que llevaba en las muñecas hasta los codos hacian la misma figura. Advirtiéndole Teodoreto, que dormia á su lado, en una enfermedad, que padecia este Santo habia muchos dias, le suplicó que se descargase de tan grande peso, y diese algun descanso á su cuerpo consumido con la calentura; en lo qual le obedeció. En otra enfermedad que le so-



brevino algun tiempo despues le costó bastante trabajo á Teodoreto hacerle tomar un vaso de tpsana. Le persuadió tambien á que se dexase lavar los pies , pues por su extremada flaqueza habia perdido el uso de andar. Algunas veces sucedia que estando postrado en tierra rogando á Dios , y cayéndole la nieve por tres dias y tres noches consecutivas , le cubria de tal modo , que solo se le veía el hábito , hasta tanto que los de los lugares circunvecinos se la quitaban de encima , y le retiraban de alli. Dió con sus oraciones la salud á los enfermos , y la vida á un niño difunto. Recurriendo á sus oraciones limpió Teodoreto su Diócesi de la heregia de los Marcionitas.

Dice Teodoreto de Talaso: « Que era un hombre adornado de las mayores virtudes , y principalmente se aventajaba á todos los Solitarios de su tiempo en sencillez y modestia , como él mismo lo habia experimentado. » Tuvo este Santo por discípulo á Limneo , cuyo nombre llegó á ser muy célebre. La primera leccion que le dió , fué que observase el silencio. Quando se hallaba enfermo , no recurría á la medicina , sino que se curaba con la virtud de la oracion , con la señal de la cruz , y con el nombre de Jesuchristo.

San Simeón el Estilita habia nacido en un lugar llamado Sisa , en los confines de la provincia de Ciro y de la Cilicia. Su primera ocupacion fué apacentar ovejas. Estando un dia en la Iglesia oyó leer estas palabras: *Bienaventurados los que lloran , é infelices los que rien : bienaventurados los que tienen puro el corazon* (Mat. 5.). No comprehendiendo bien el sentido , preguntó á uno de los que estaban presentes ; y éste le respondió: « Que la vida retirada y solitaria era la mas propia para conseguir una sólida virtud. Se confirmó Simeón en esta verdad con una vision que tuvo en una Iglesia llamada de los Santos Mártires. Tomó , pues , la resolucion de retirarse á un Monasterio. Alli estuvo dos años : pasó despues á una cueva , en la que vivió por 10 años , teniendo por compañeros de sus combates hasta 80 Monges , pero se aventajaba á

todos los demas ; porque los otros comian cada tercer dia , y él solo una vez en la semana. Sus Superiores se lo reprehendieron como exceso muchas veces ; pero no se pudo resolver á moderar esta austeridad ; antes bien añadió otra mortificacion , que fué la de ceñirse sobre la carne una cuerda de hojas de palma. A los diez dias , por estar muy apretada , le hizo saltar la sangre. Advirtiéndolo los hermanos , se la quitáron , y no pudieron conseguir que se curase. Con motivo de sus austeridades , le echáron de la casa , diciendo , que pudiera perjudicar á los que no tuviesen fuerzas para sufrirlas , y quisiesen imitarle. Tomó Simeón el camino á lo mas desierto del monte , y hallando un pozo seco , se entró en él. Alli se estaba cantando las alabanzas de Dios , quando cinco dias despues vinieron á sacarle por orden de su Superior , que ya se habia arrepentido de haberle echado de casa. Poco tiempo estuvo despues en el Monasterio , porque fué á fixar su habitacion cerca de un lugar llamado *Telanisa*. Alli estuvo por tres años recluso en una choza , trabajando mas y mas por enriquecerse en virtudes celestiales. Por el deseo de imitar el ayuno de Moisés y Elías , emprehendió pasarse una Quaresma entera sin comer ni beber. Un hombre santo llamado Baso , á quien confió el secreto , hizo quanto pudo por apartarle de esta empresa. « Padre mio , le dixo Simeón , os pido que me deis diez panes , y un cantaro de agua para quando lo necesite. » Tapiada la puerta de su celda , como lo habia deseado , y pasados los quarenta dias , la abrió Baso , y entrando en ella , halló los mismos panes , y la misma agua que habia dexado , y al Santo tendido en tierra sin habla ni movimiento , como si estuviera difunto. Mojando una esponja en agua , le roció y le lavó la boca , y despues le dió el cuerpo y sangre de Jesuchristo ; porque Baso era Sacerdote , y tenia á su cargo la conducta de muchos Sacerdotes. Confortado Simeón con la Comunion Sagrada , se levantó y tomó un poco de alimento , chupando algunas lechugas , achicorias , y otras yerbas y legumbres. Des-



de este tiempo pasó toda las Quaresmas sin comer. Los primeros días estaba de pie cantando las Divinas alabanzas; los días siguientes, como su cuerpo, debilitado por el ayuno, no tenía ya fuerzas para mantenerse en este estado, se sentaba, y rezaba el Oficio; pero los últimos días, abatidos enteramente los espíritus, y hallandose como medio muerto, se veía en la precisión de echarse en tierra. Después de haberse exercitado de este modo por muchos años, le confortó Dios de tal suerte con su gracia, que pasaba todos los quarenta días con una alegría incomparable. Subiendo por último á lo alto del monte, cercó un sitio con paredes, y fabricando una cadena de hierro de veinte codos de largo, hizo que se la atasen por un cabo al pie derecho, y por el otro la sujetó á una grande piedra para no poder salir de sus límites, aun quando quisiese. San Melecio, que entonces era Patriarca de Antioquia, le dixo que aquella cadena era inútil, para precisarle á permanecer en aquel lugar, si él tenía la voluntad de no pasar de allí, y entonces consintió Simeón en que la rompiesen. Habían puesto una correa para que la cadena no entrase hasta la carne, pero el cerragero, al romper la cadena, halló mas de veinte gusanos grandes debaxo; porque el Santo se quería acostumbrar con las picaduras importunas de estos insectos á sufrir mayores trabajos. Esparciéndose por todas partes la fama de Simeón, acudían los pueblos á verle. No solamente venían de la provincia de Ciro: allí se veían concurrir Ismaelitas, Persas, Armenios, Iberios, Etiopes, Españoles, Ingleses, Franceses, y otros pueblos mas distantes. Era su nombre tan célebre en Roma, que sus habitantes colocaban su imágen á la entrada de sus tiendas, como pretendiendo por este medio la seguridad, protección y auxilio. Cerca de su habitacion se obraban grandes milagros: unos conseguían la salud de los paralíticos que llevaban á su presencia, y otros sanaban de varias y diferentes enfermedades. Para evitar las honras excesivas que le hacían los que tocaban las pieles de que estaba vestido, cre-

yendo que en ellas había Divinas bendiciones, se resolvió á vivir sobre una columna que al principio hizo de seis codos de alto, después de doce, luego de veinte y dos; y últimamente de treinta y seis. Esta resplandeciente antorcha, colocada en aquella altura como sobre un elevado candelero, esparcía por todas partes sus rayos, se veían Ismaelitas en tropas de 200 y 300, y algunas veces de 100, que iban á abjurar en su presencia la idolatria y supersticiones de su país, á recibir el Bautismo, y á abrazar con reverencia los Divinos misterios de nuestra fe. Teodoreto, que había sido testigo ocular, se halló cierto día en grande peligro; porque habiendo mandado el Santo á estos Bárbaros que fuesen á recibir de su mano la bendición Episcopal, se arrojaron de golpe sobre él, tirándole unos por delante, otros por detras, y otros por los costados. «Me arrancaban la barba, dice Teodoreto, y me rasgaban las vestiduras; de suerte, que sin duda me hubieran sofocado, si el Santo no hubiera dado gritos para que se retirasen, y ellos inmediatamente le obedecieron.» También había visto este historiador los siguientes milagros: vino un Gobernador de los Sarracenos á suplicar á Simeón que sanase un paralítico, haciéndole llevar á su presencia delante de todo el mundo. El Santo mandó al enfermo que renunciase á la impiedad de sus padres, lo que él executó con buen corazón; y entonces le preguntó: si creía en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo. El enfermo respondió: que sí. «Yo te mando, pues, en su nombre, que te levantes, añadió el Santo.» Se levantó el enfermo perfectamente sano. Un Ismaelita, que había prometido á Dios en presencia del Santo, que en abrazando la fe de Jesuchristo, no había de comer cosa que hubiese tenido vida, mató una gallina y la comió. Queriendo Dios darle á conocer su culpa, y honrar al mismo tiempo á su siervo, que había sido testigo del voto de aquel Ismaelita, convirtió en piedra la carne que aun restaba de la gallina. Asustado, pues, acudió al Santo, y le descubrió su pecado, implorando su intercesion para conseguir



el perdón de Dios. „Muchos, dice Teodoreto, vieron este milagro, y tocaron con sus propias manos las pechugas de la gallina, y vieron que una parte era de hueso y otra de piedra. „Yo, prosigue, no solamente ví este prodigio: tambien le oí profetizar una extremada sequía que sobrevino dos años despues. A mí mismo me predixo, que dentro de quince dias me dexaria en paz un hombre que me perseguia, y el efecto lo acreditó.” Le envió el Rey de Persia algunas personas que le hiciesen de su parte presentes sus respetos; y la Reyna su esposa, que era estéril, consiguió con sus oraciones un hijo. Desde el punto en que, ya restablecida, pudo salir de su casa, llevó al niño á aquel hombre de Dios para que le diese su bendicion. En los dias de las festividades solemnes permanecia diciendo oraciones con las manos levantadas al cielo, desde ponerse el sol hasta que volvia á amanecer, sin cerrar jamas los parpados, ni buscar el menor reposo. Siempre se le veía lleno de modestia y de benignidad; respondia con grande dulzura á los pobres, á los artesanos, y generalmente á todos quantos llegaban á hablarle. Dos veces cada dia hacia sus exhortaciones, discurriendo con un juicio y una sabiduria admirables, y derramando en el espíritu de sus oyentes con la asistencia del Espíritu Santo las mas saludables instrucciones. Despues de Nona hacia oficios de Juez, terminando las diferencias de los que las dexaban á su arbitrio y decision. No olvidaba los intereses de la Iglesia. Ya combatia contra la impiedad de las idolatrias, ya aterraba la porfiada resistencia de los Judíos, y ya disipaba las facciones de los Hereges. Escribia algunas veces al Emperador por el bien de la Iglesia. Tambien exhortaba á los Obispos á que se interesasen mas y mas en la salud de las almas que Dios les habia confiado.

XVI. Para dar alguna perfeccion á su historia religiosa; habiendo Teodoreto escrito las acciones de los mas illustres Solitarios, refiere las de algunas mugeres, que no solamente los igualaron, sino tambien los excedieron en sus trabajos y com-

bates, atendiendo á la flaqueza de su temperamento, y á la fragilidad de su sexó. Las mas célebres fueron Marane y Cira: eran naturales de Berea, de noble nacimiento, y educadas segun correspondia á su calidad; mas despreciando todas estas ventajas de la naturaleza, se encerraron en un lugar cercano á la ciudad, no teniendo sobre su celda cosa alguna que las defendiese de las inclemencias del ayre: en lugar de puerta tenian una ventanilla que servia para recibir lo necesario á la vida, y por ella hablaban á las mugeres que iban á verlas: esto era en el tiempo de Pentecostés, porque todo el resto del año le pasaban en un continuado silencio: y aun solamente Marane era la que hablaba con estas mugeres. Jamas se la oyó á Cira decir la menor palabra. Estaban la una y la otra tan cargadas de cadenas de hierro, que Cira, que era de mas debil complexión, siempre estaba encorvada ácia la tierra, sin poderse enderezar. Los sacos que llevaban las cubrian los pies, y traían sobre la cabeza un velo que las ocultaba el rostro, las manos y el pecho. Su respeto á la dignidad Sacerdotal las hizo derribar la puerta para que entrase Teodoreto; vió este con sus propios ojos, que las cadenas que tenian sobre sí eran tantas y tan pesadas, que los hombres mas fuertes y robustos las llevarian con trabajo. A fuerza de instancias consiguió que se las quitasen; mas no bien habia salido de su celda quando volviéron á tomarlas. Se las ponian como una especie de collar, y como si fueran un ceñidor, sobre otras que tenian en las manos y los pies. Expuestas de este modo á las injurias del ayre, sufrían con alegria la lluvia, la nieve, y el calor del sol: dos Quaresmas enteras pasaron sin comer, y otra vez tres semanas. Aunque estaban distantes de Jerusalén como 20 jornadas, las anduviéron ayunando, y no comieron hasta haber adorado á Dios, y despues se volviéron, tambien ayunando. La misma abstinencia observaron en un viage que hicieron á la Isauria para visitar la Iglesia de Santa Tecla. Una vida tan admirable las hizo el ornamento de su sexó, y el exemplo de



todas las mugeres que pretenden llegar á la perfeccion. Lo que dice Teodoreto del genero de vida de Santa Domnina es lo siguiente: «Viviendo en una cabaña que habia en la huerta de su madre, pasaba llorando los dias y las noches. Al oír el canto del gallo iba á la Iglesia, y allí con todos los que asistian ofrecia sus alabanzas al Criador del universo. Por la tarde hacia lo mismo, persuadida á que no hay lugar que se deba tener en tanta veneracion como los que estan consagrados á Dios. Tenia mucho cuidado de la Iglesia, inclinando á su madre y á sus hermanos á que empleasen en ella liberalmente sus bienes. Su vestido era de pelo de cabras; su alimento unas lentejas mojadas en agua; y así sus austeridades la consumiéron de tal modo, que tenia la piel pegada á los huesos: jamas hablaba sin derramar lagrimas; lo que yo sé por experiencia, dice este Padre; porque muchas veces me besó la mano, y llevándola á sus ojos, de tal suerte la mojabá con su llanto, que quedaba goteando: cuidaba de los que iban á visitar á los Solitarios de la Diócesi de Ciro, alojándolos en casa del pastor del lugar en donde habia nacido, y haciendo que su madre y sus hermanos les diesen lo que necesitaban. A mí mismo me envia tambien, añade el historiador, pan, frutas y lentejas mojadas en agua, quando voy á la parte meridional de aquella provincia. Añade este autor: «Que habia otras muchas mugeres, de las quales unas habian abrazado la vida solitaria, y otras vivian juntas en numero de 250, usando todas un mismo alimento, durmiendo cada una en su estera, y ocupando sus manos en hilar, y su lengua en cantar himnos en alabanza del Señor. Se veían estas penitentes, no solamente en la provincia de Ciro, sino en todo el Oriente, en la Palestina, en Egipto, en el Asia, en el Ponto, y en toda la Europa; pues desde que nació Jesuchristo de una Virgen honró la virginidad, y se han visto muchas vírgenes consagrarse en este estado para pasar su vida en los ejercicios de piedad.» Advierte, que en Egipto habia algunos Monasterios de hombres, en los que se

decia, que hasta 500 Monges ocupados en sus obras, y labores de manos, cantaban las Divinas alabanzas; y así ganaban, no solo con que alimentarse, sino tambien con que socorrer las necesidades de los pobres y peregrinos.

XVII. Preguntándole el Obispo Ireneo, ¿qué debia decirse de dos personas que teniendo en su mano la eleccion que les permitia un Juez Pagano, de sacrificar á los demonios, ó arrojar en el mar, el uno se arrojase inmediatamente, y el otro, contentándose con declarar que él no podia sacrificar á los demonios, esperase á que el Juez mismo le hiciese quitar la vida? Respondió Teodoreto: «Que el ánimo del primero pudiera merecer algun elógió; pero que segun las reglas ordinarias, mayor le merece el segundo, por haber tenido tanto valor como el primero, y mas prudencia y sabiduria; porque nos está prohibido quitarnos la vida por nosotros mismos.» Apoya esta máxima con el precepto de Jesuchristo, que nos manda salir de la ciudad en donde nos persigan, para de este modo salvarnos en otra, y con el exemplo de San Pedro, y San Pablo, los quales, quando escapáron de las manos de sus perseguidores, huyéron.

Teonila, muger de alta calidad, y de una piedad muy señalada, perdió su esposo; y Teodoreto la escribió una carta consolatoria, en la que la exhorta á sufrir con constancia este trabajo, y á considerar la muerte de su marido como un largo viage, sin dudar que habia de resucitar algun dia. Escribió á Eugrafia sobre el mismo asunto, y la dice: «Que sola la memoria de la pasion de Jesuchristo debia ser un lenitivo á su dolor; pues el Salvador ha destruido la muerte para traernos el beneficio de que nuestros cuerpos resuciten.»

Informado Teodoreto de una noticia que corria de que le iban á inquietar, y acaso tambien á deponerle y desterrarle, escribió al Abogado Eusebio; diciéndole: «Que por la gracia de Dios habia recibido esta noticia, y aun veria la execucion con mucho gozo. Porque quando Dios no prometiera el



premio á los que pelean por la verdad, ésta es por sí misma tan hermosa, que obliga á los que la aman á padecer por su amor toda especie de penas y trabajos. Sobre esto refiere algunas sentencias y palabras generosas de algunos Paganos, de quienes hace mencion Omero. Añade: „Que sería vergüenza de los Christianos que tienen por maestros á los Profetas y á los Apóstoles, que adoran á Jesuchristo muerto en la cruz, que esperan la resurreccion y el Reyno de los cielos, el tener menos valor que los que eran discípulos de la naturaleza. Consolaos, pues, dice á Eusebio, y á los que se afligian por las amenazas que le hacian. Si hubiese algunos hombres tan torpes que por esto se alegren, sepan que yo me alegro mucho mas que ellos.” Hace despues una profesion de su fe, declarando: „Que cree en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo: que no admite dos Hijos, como le acusaban sus enemigos, sino uno solo, que es nuestro Señor Jesuchristo, Hijo unico de Dios, y Verbo de Dios encarnado: que estaba tan distante de negar las propiedades de las dos naturalezas, que confesaba que estaban unidas en una Persona sin confusion alguna; de suerte, que hay en Christo unos atributos que pertenecen á sola la humanidad, y otros que son propios de sola la Divinidad: que la Divinidad no empezó á ser, pero la humanidad tuvo principio, como descendiente de la estirpe de Abraham, y de David, de la qual nació la Santa Virgen.”

Los enemigos de Teodoreto que habian sorprendido la religion del Emperador, engañaron despues á una multitud de gentes que emezaron á clamar publicamente contra él. Dioscoro de Alexandria, que antes parecia su amigo, se dexó ocupar como los demas, y creyó que su compañero era culpado aun sin haberse verificado las acusaciones. Teodoreto protesta que quiere seguir las pisadas de los Padres, y conservar la misma doctrina del Evangelio que estos en el Concilio de Nicea nos diéron en compendio. Valiéndose de las expresiones del Símbolo, explica su fe sobre la Encarnacion, siempre ca-

tólicamente dando á la Santa Virgen el título de Madre de Dios. Añade: „Que esta era la Doctrina que habia aprendido de las divinas Escrituras, señaladamente de San Pablo y de los antiguos Padres, en particular de Teófilo y de San Cirilo, cuyos testimonios habia citado en sus diálogos contra los que no querian reconocer la diferencia de las dos naturalezas. Creo que no ignoras, le dice á Dióscoro, que este último me escribió muchas veces. Quando envió á Antioquia sus libros contra Juliano, juntamente con el tratado del Cordero Emisario, y suplicó al bienaventurado Juan de Antioquia que los manifestase á los Doctores mas célebres del Oriente. Juan me los envió. Yo los leí con admiracion. Escribí á Cirilo sobre este punto, y me respondió dando un testimonio de mi exáctitud y mi afecto. Todavía conservo sus cartas.” Exhorta, pues, Teodoreto á Dióscoro á que no dé oidos á sus calumniadores, y á que atienda al bien de la paz de la Iglesia, no permitiendo que se alteren los dogmas, y reduciendo á la pureza de la fe á los que se habian extraviado; y si esto no era posible, á que los arrojase de la Iglesia para que no infestasen con sus errores á los demas. Concluye con un anatema contra los dogmas, por los quales habia sido condenado Nestorio, en estos términos: „Si alguno dixere que la santa Virgen no es Madre de Dios, ó que nuestro Señor Jesuchristo es un puro hombre, ó dividiere en dos el Hijo único y primogénito antes de todas las criaturas. Este tal caiga de la esperanza en Jesuchristo.”

No obstante, sufría Dióscoro que los acusadores de Teodoreto pronunciasen anatema contra él en la Iglesia de Alexandria, y aun se levantó en persona de su silla, y clamó como ellos *anatema*. Aun hizo mas, porque envió Obispos á la Corte para que excitasen nuevas turbaciones contra Teodoreto y los Orientales; con el fin, sin duda, de que le depusiesen y desterrasen de su Diócesi. Teodoreto escribió á San Flaviano de Constantinopla para advertirle la falsedad de las calumnias esparcidas contra él. „He enviado, dice, uno de nuestros Pres-



biteros con cartas Sinodales, para que sepa que yo sigo el acuerdo que se hizo en tiempo de Cirilo, de feliz memoria, que apruebo su carta, y recibo con respeto la de San Atanasio, á Epicteto, y toda la fe de Nicea. Los Clérigos que él envió han reconocido por su propia experiencia, que ninguno de los Obispos del Oriente tiene opinion contraria á la doctrina Apostólica." Conjura despues á Flaviano pidiéndole que rompa la defensa de los Cánones, violados en su persona con el anatema que Dióscoro había pronunciado contra él, pues el Concilio de Constantinopla, conformándose con el de Nicéa, había separado la jurisdiccion de las Provincias, y prohibido á los Obispos de un Departamento usurpar la autoridad sobre otro, y así el Obispo de Alexandria debía contentarse con gobernar el Egipto. „Dióscoro, añade Teodoro, continuamente ostenta que obtiene la Cátedra de San Marcos; pero bien sabe que Antioquia posee la Cátedra que primero tuvo San Pedro, que fué maestro de S. Marcos, Príncipe y Cabeza de los Apóstoles." Observa de paso que por sublime que sea una silla episcopal, no debe el que está sentado en ella olvidarse de los sentimientos de humildad que le enseñaron con su exemplo los Apóstoles.

En su carta á Domno, Obispo de Apamea, nota que aunque tuviera mil bocas para alabar á Dios, no le alabaria como era razon; aunque no fuese sino por la honra que le hacia, de sufrir, por confesar la fe, una ignominia aparente que le parecia mas gloriosa que todas las honras del mundo: que quando le condenasen á retirarse en un rincón del mundo; le alabaria mucho mas; porque le debería mayor favor. Porque no es, dice, el disgusto de los males que padezco, ni el temor de los que me pueden añadir el que me hace escribir tantas cartas, sino la obligacion de defender la inocencia." No negaba que era culpable de muchas faltas; pero tenia seguridad de que se había conservado en la pureza de la doctrina de los Apóstoles, y aun la había defendido contra los Hereses sin

cesar de predicarla á los fieles. Pone á San Ignacio entre los que nos han pasado la sana doctrina, y le cuenta por una de las luces del mundo con San Atanasio, San Basilio y San Juan Crisóstomo. Con esta confianza pide que si creen que vive en el error, lo oigan antes de juzgarle. „Pero añade, si me quieren condenar sin que yo, ni aun vea á mis Jueces y acusadores, me sujeto gustoso á la sentencia injusta, esperando el dia del supremo Juez, quando no tendremos necesidad de testigos ni abogados; porque él conoce con la mayor perfeccion todas las cosas. En otra parte dice, que sus enemigos se quedaban como mudos en su presencia, y que solamente le acusaban quando estaba ausente."

Por el mismo tiempo supo por las cartas de Domno de Antioquia que se hablaba de convocar un Concilio. Esta noticia le causó mucha tristeza, pues no dudaba que tendría funestas consecuencias, si Dios por su misericordia no destruía las máquinas de que en semejante ocasion se servirían los enemigos de la paz y de la verdad. Así pensaba Teodoro, porque estaba previendo que había de presidir Dióscoro al Concilio; porque S. Flaviano de Constantinopla, que era el primer Obispo del Oriente, tenia que asistir á aquella Junta, como parte. Temia sobre todo que no se confirmasen allí los Anatematismos de S. Cirilo, á los que él no se resolvía á dar su aprobacion por entonces; porque pensaba que contenian la heregia de Apolinario. Hace presente á Domno con cuánto vigor se habían opuesto los Orientales á aquellos anatematismos; y despues de advertirle que le enviaba las copias de lo que había pasado en el acuerdo hecho con San Cirilo, le aconseja que las lleven al Concilio para manifestar que aquel acuerdo, no les obligaba á recibir los anatematismos. Les exhorta, y con él á todos quantos eran llamados para mantener la piedad, á que recurriesen á Dios para que les diese su auxilio, y á no temer padecer todos los trabajos, y hacer todas las diligencias, pues se trataba de la fe, y de conservar la como la hemos re-